

## Acacias

Por David Rafael Puente Hoces

Trataba de encontrar una voz con la que hablar desde un folio para usarla como un barco pirata que volara sobre el agua y contarle a un mundo por descubrir, cómo era el mundo que ya había descubierto. Acomodé una pequeña mesa en la terraza acristalada de mi nueva casa en Madrid y pensé que se convertiría en la cabina de mandos de una nave que yo pilotaría para explorar mi universo imaginario. Me angustiaba no tener todavía un método para controlar los momentos de inspiración, que es cuando mejor se vuela, y que me asaltaran en situaciones en que no podría aprovecharlos: durmiendo, comiendo, trabajando o en la cama con Lun. Confiaba en aquella terraza como un talismán para mis futuras historias. Desde allí podría navegar hasta el final de cualquier cuento porque ningún bloque de viviendas me impedía ver el horizonte. Desde mi terraza podía tocar las copas de los árboles que daban un poco de aire a mi calle, tan llena siempre de coches. La terraza de aquel sexto piso sin ascensor desde la que se veía el horizonte, desde donde no se veía el asfalto sino un mar de acacias, sería mi pequeño refugio donde darle voz a las historias que visitaban mi cerebro, a los personajes que vivían en mi pecho. A todos ellos darles una voz de la que no me avergonzase. Pasamos un mes metiendo nuestras cosas en la casa. Subimos el antiguo baúl de madera en el que Lun guarda todas sus pertenencias. Cuando lo abre, toda la casa se llena de una presencia agradable. No es un olor ni un sabor sino una sustancia volátil que me llena el alma y me hace recordar esos días de mi infancia en los que mi madre ponía los *Beatles* y bailaba conmigo y mis hermanos en la cocina sin que se le quemara nunca una croqueta. Yo aprovechaba los ratos libres para escribir en la terraza. Aún no tenía lámpara, así que usaba unas velas enormes que había robado en un falso entierro. Miraba hacia el horizonte blanco y siempre surgía una nueva idea; miraba hacia el mar de acacias y siempre surgían las palabras

precisas para expresarla. Al abrir la ventana escuchaba las hojas rozarse entre sí y ronronear de placer como los gatos. En Madrid, el sonido que hacen las hojas de los árboles cuando el viento las agita te recuerda que el mar sigue existiendo, aunque no lo veas.

Recuerdo aquellos días como una barca en medio de un lago desierto y tranquilo. Era casi verano y todo el mundo parecía estar relajado a nuestro alrededor. No teníamos muchas obligaciones y los días comenzaban a estirarse, dándonos más horas de luz, que parecían el recreo. Las acacias de mi calle soltaban virutas amarillas que brillaban con el sol mientras caían, y parecían gotas de oro en vez de agua en una tormenta de sol. ¿Serían la materialización de los rayos? Mucha gente paseaba en bicicleta al atardecer y los tenderos esperaban a los clientes en la puerta de sus comercios mientras charlaban.

Una tarde, paseando por mi nueva calle bajo la lluvia de virutas amarillas, quise ver mi terraza, pero al levantar la mirada descubrí que no se veía el cielo. Sólo se veía una bóveda de hojas verdes, cada una de ellas encendida por el sol, que cubría como un paraguas protector a los que estábamos debajo. *Curioso hábitat éste, pensé, en medio de la ciudad, como una burbuja de sombra y brisa.* Pasé un rato pensando en la idea de “árbol urbano”, y en la indiferencia que mostramos hacia ellos, como si fueran farolas que en vez de dar luz dan oxígeno. Un árbol es mucho más que eso; es un impulso de la naturaleza hacia una forma de vida perfecta. Sólo hay que sentarse frente a uno o bajo uno de ellos y observarlo con atención para que los problemas cotidianos se vuelvan triviales. Cada rugosidad de su corteza es una línea de un cuadro de Braque, el equilibrio de cada hoja en su pequeña rama, que cuelga de otra, y ésta, a su vez de otra mayor, es igual que el equilibrio de las esculturas móviles de Calder, igual que el equilibrio de masas de color en un cuadro de Miró. ¿Cómo puede una sociedad que admira el arte hasta convertirlo en un lujo demostrar tan pocos escrúpulos hacia los árboles? Subí los seis pisos de mi casa con estas ideas en la cabeza y fui directo a la terraza. Por la ventana entraba el sol del atardecer y las cajas y bártulos parecían esculturas de

mármol en el suelo del salón. Lun no estaba en casa. Miré la alfombra de acacias que se extendía bajo mis pies y sonreí. Las mismas hojas que no me dejaban ver el cielo desde la calle, no me dejaban ver la calle desde mi casa. Era una capa de hojas y ramas que separaba dos mundos: abajo estaba la vida real, con sus coches, los vecinos, los adoquines y su sonido ambiente; encima de las hojas estábamos Lun y yo, y las cajas de cartón, y las sillas-estantería, y mis historias, que por fin comenzaba a escribir, y el baúl secreto de Lun; y en fin, el mundo que pretendíamos crear con nuestras propias leyes lógicas.

Me senté en mi mesa. El sol rozaba las últimas hojas de los árboles más altos. Me sentí enamorado del mar de acacias que me aislaba del mundo y me permitía escribir la historia que se me acababa de ocurrir. Era breve, tal vez una sola escena que trataría del deseo infantil de volar. Terminé de escribir y me sentí satisfecho. En realidad no me gustan mucho los relatos fantásticos, pero es liberador dejar volar la imaginación y creerte de veras que lo que escribes es cierto. Como lector, esa es mi forma de ser, creer que lo que leo es tan real como mi propia vida.

Al cabo de un rato llegó Lun con su cesta de mimbre. Traía queso y vino. Mientras abría la botella y cortaba el queso, yo improvisé una mesa en la terraza. Utilicé una caja de cartón y una tela amarilla que tenía bordado un sol blanco. Coloqué algunas velas y nos sentamos en el suelo, escuchando un disco de *Chet Baker*. Desde que la conocí, pasábamos largos ratos en silencio sin que ninguno se sintiera incómodo. Muchas veces nuestras conversaciones empezaban de tal forma que parecía que lleváramos horas hablando.

- Y entonces, ¿qué ha sido lo mejor de hoy? - pregunté
- Lo mejor siempre puede estar por llegar, ¿no? - contestó con una mirada pícaro.
- Siempre está por llegar - dije yo

- *Hoy me aburría en la tienda. No ha llegado ningún libro nuevo y casi no entraban clientes. Entonces he cogido un libro al azar, lo he abierto por una página cualquiera y he marcado un número de teléfono casi sin mirar.*

Hizo una pausa para dar un trago de vino y por un momento pareció que no iba a continuar hablando, pero al percibir que mi atención no disminuía, terminó la historia.

- *Alguien ha descolgado y tranquilamente me he puesto a leerle el libro. Pensé que colgaría en seguida, pero el libro no estaba nada mal, la verdad. Yo continuaba leyendo y la otra persona escuchaba en silencio, pero podía notar que no estaba disgustada. ¡Al final he leído todo el capítulo! Casi cinco minutos. Al terminar he mirado la portada y le he dicho que era El Libro Negro de Giovanni Papini. Muchas gracias señorita, ha dicho la voz del otro lado, y entonces hemos colgado. Yo diría que esa ha sido una de las mejores cosas de hoy, pero el día es joven, claro.*

Bebió un poco de vino mientras sonreía con los ojos. Terminamos de cenar en un silencio acogedor. De vez en cuando nos mirábamos y sonreíamos porque lo mejor del día estaba por llegar y ambos lo sabíamos. Eran las cosquillas nerviosas que uno siente antes de un viaje deseado las que nos hacían sonreír hacia dentro y hacia fuera. Recogimos la mesa, la caja, la tela y los cojines, y entonces, sin necesidad siquiera de hablar, sucedió: fue ella quien empezó abriendo la ventana de par en par y saliendo por ella. Seguí sus pasos y me senté a su lado, hombro con hombro, en la cornisa del sexto piso de aquel edificio de Madrid. El viento nos agitaba el pelo, y el oleaje de las acacias era más envolvente que otros días. Permanecimos un rato sentados, contemplando las luces que salpicaban la tierra oscura. No era un paisaje del todo urbano, y el viento y las acacias a nuestros pies nos hacían sentir muy lejos de la ciudad; tal vez en la cima de una montaña, sobre una piedra de granito que aún guardara algo de calor del sol.

Sin saber cómo habíamos llegado hasta allí, resultó que ya no estábamos sentados en la cornisa del edificio, sino que bajo nuestros pies había finas ramas de acacias que no parecían capaces de soportar nuestro peso, pero lo hacían. Lun jugaba saltando sobre las copas de los árboles. Parecía un adulto *Peter Pan* que hubiera recuperado los poderes perdidos. Dábamos grandes zancadas de rama en rama; las copas de los árboles parecían una fina superficie elástica que nos permitía rebotar con suavidad como si estuviéramos volando. El viento y el ruido de las hojas nos envolvían mientras saltábamos como niños ingravidos que giraban de mil maneras por el aire. Después de una competición absurda de figuras acrobáticas, nos tumbamos sobre la copa de una gran acacia, riendo a carcajadas. Pasó un rato y comenzamos a explorar la densa capa de hojas que teníamos bajo nuestros pies. Había todo un mundo allí dentro. Muchos pájaros de la ciudad dormían en las ramas y descubrí especies que nunca había visto en Madrid. Las virutas amarillas brillaban intermitentes cuando les daba la luz de la luna, que estaba empezando a salir. Caminamos de rama en rama, envueltos en hojas que bailaban, escuchando los lejanos ruidos de la ciudad. Lun abrazaba a los árboles y saltaba de uno a otro como si llevara toda la vida haciéndolo. El viento se volvió más fuerte y el sonido era casi ensordecedor. Podía gritar y ni siquiera oírme a mi mismo. Llegué hasta Lun y la encontré tan feliz que parecía que iba a explotar. Dijo algo que no escuché, pero entendí que debíamos volver a casa. Saltamos de nuevo hasta salir a la superficie del mar de acacias. La luna brillaba ahora muy arriba y cualquier nube que se interpusiera entre ella y nosotros era barrida del cielo por el vendaval. Entramos por la terraza, abrimos cada ventana de cada habitación y nos tumbamos en la cama. No se recuerda en la historia de Madrid una noche de viento como aquélla.

---

Cuando me desperté por la mañana ya había veinte en el suelo. Estaban cortadas en trozos como cadáveres mutilados. Un camión con una grúa transportaba a un hombre de árbol a árbol. Llevaba una sierra mecánica en una mano y fumaba un cigarrillo con la otra. Lun no

estaba en casa. Desde la ventana la vi en la calle, entre el grupo de vecinos que se agolpaba impidiéndole el paso al camión. La gente del barrio intentaba evitar que talaran las acacias, por muy importantes que fueran las obras que había programado el Ayuntamiento.

El grupo era muy numeroso cuando bajé y continuaba llegando gente a sumarse a la protesta. La tala se había detenido porque los vecinos no pensaban moverse de debajo de los árboles. Esta plataforma de resistencia improvisada se organizó de una forma muy eficaz; a la hora de comer ya había carteles hechos a mano por todo el barrio informando de lo que sucedía. Y lo que sucedía es que en un pequeño tramo de la calle Virgen del Puerto había más de cien acacias octogenarias que estorbaban para llevar a cabo el proyecto de ampliación y mejora de la M-30, una carretera que rodea Madrid.

*¿Qué importancia tienen cien árboles cuando se trata de una obra de tal magnitud? ¿Producen dinero las acacias? ¿Sirven para algo? Además, en cinco años, cuando acaben las obras, pondremos aquí una zona verde. Nadie del Ayuntamiento dio explicaciones, porque habrían tenido que mentir y bajar la mirada. Los hechos hablaban por sí solos. En un momento de la tarde comenzaron a llegar policías, cada vez más y más.*

Hubo un largo rato de incertidumbre, la policía no hacía nada y los obreros esperaban órdenes para volver a encender las motosierras. Cuando la tala parecía inminente, los vecinos se abrazaron a los árboles y tiraron las vallas metálicas que impedían el paso. La visión de las acacias taladas sobre la acera y cortadas en trozos casi me hacía llorar. Me acerqué a tocar una gran rama y al separarme vi que mis manos estaban negras. Era el humo de los coches, que llevaba años volviendo grises aquellos árboles. *El gris se extiende, cada vez hay más asfalto, las ciudades son más grandes y más artificiales.*

Los vecinos se separaban de los árboles tiznados de negro. Entonces comprendí que todo estaba mal. Tomé repentina conciencia de cuánto mal asola el mundo. La polución en las ciudades, el desprecio por la naturaleza tan característico de estos tiempos, el devastador tributo que hacemos en nombre del progreso. ¿Y nosotros? Si estamos destruyendo la naturaleza es que también nos estamos destruyendo a nosotros. Parece que *pobreza* es sólo un concepto, pero el hambre duele en la barriga y la miseria aniquila la dignidad del ser humano, su esencia. Está muy oído pero es cierto que un grupo no muy grande de humanos vivimos con un gran lujo, a costa de sacrificar el medio ambiente, la dignidad y la vida de la mayoría de los habitantes de esta roca. Entonces sí, la impotencia me hizo llorar. Los policías separaban a los vecinos de los árboles a golpes y empujones mientras un obrero cortaba con una sierra las ramas más altas que la noche anterior nos habían permitido volar. Los policías formaron una cadena humana que impedía el paso, y las ramas caían sin descanso sobre la acera. Era asombroso con qué pretensión de legitimidad ejercían la violencia aquellos agentes, que en teoría debían proteger a los ciudadanos. Llegó la noche y todas las acacias de mi calle habían desaparecido. Desde mi terraza se veía el suelo y desde el suelo mi terraza. La luna llena salió para iluminar cien árboles mutilados y al verlo, se cubrió con una nube y ya no pudo ser del todo llena.